

Lunes III de Cuaresma



4 de marzo de 2024

2Re 5, 1-15

Sal 41 y 42

Lc 4, 24-30

P. Eduardo Suanzes, msp

El relato de la Primera Lectura, la curación de Naamán, el sirio, comienza a nivel doméstico: es una ocurrencia de una criada, la muchacha israelita. Tal ocurrencia, de ésta sube a la señora, de ella al marido, del marido al rey de Siria; de éste al rey de Israel y de éste al poder divino mediado por el profeta¹.

Según la confesión del rey de Israel, se trata de poner en ejecución un poder de vida y muerte.

Pero si nos fijamos, después, con ese movimiento ascensional descubrimos otro movimiento de descenso, de humillación: Naamán, el magnate, va a visitar al rey de Israel con esos imponentes regalos de oro, plata y vestidos; pero tiene que olvidarlos y dejar atrás los símbolos de la riqueza y el poder y bajar del rey al profeta. Aun así llega a casa del profeta con sus carros y sus caballos, pero también tendrá que dejarlos para exponerse solo ante un criado de Eliseo, ni siquiera con el profeta mismo; después habrá de bajar al Jordán, triturando sus esquemas de superioridad (manifestados estos en la afirmación de que los dos ríos de Siria son superiores al Jordán, que en verdad engendraban una apoteosis de canales y árboles y una ciudad floreciente en aquella época) y deberá olvidar sus pretensiones de una intervención de curación teatralmente espectacular en donde él sería el centro de la escena, para descender hasta la sencillez de bañarse, no una vez, sino siete, en ese “aprendiz de río” que era el Jordán. El narrador de episodio, para mostrarnos hasta dónde bajó Naamán nos relatará después que, una vez curado y convertido, (esto no lo recoge la lectura de hoy), pedirá solo tierra de Israel para llevársela a Siria como su máspreciado tesoro y postrarse sobre ella, confesando al Señor. Éste fue el cambio que se que produjo en su interior. Este fue su camino *descensional* imprescindible para encontrar la fuente de agua viva en su interior que lo curó por completo.

Y es que solo las curaciones, sobre todo las interiores, se producen imprescindiblemente con ese camino en el que se han de dejar todos los obstáculos que impiden en reconocimiento de la Presencia. El hombre, para curarse interiormente, ha de enfrentarse a la misericordia desnudo de todo, **porque hay que tener en cuenta que la experiencia con la misericordia la ha de tener nuestro auténtico yo, no un yo inventado y ficticio**. El yo inventado, el falso, es ese que decoramos con nuestro oro y plata, y que cubrimos con vestido elegantes, con los carros y caballos de la apariencia; con esas concepciones que nos sugiere, consciente o inconscientemente, que nuestros ríos son los mejores y que, por

¹ Cfr. LUÍS ALONSO SHÖKEL. *La Biblia del Peregrino. Libros Históricos. Edición de Estudio Vol. 1b*. Ed. Verbo Divino. Bilbao

tanto, somos superiores a los demás. Para el encuentro con la misericordia no vale la ampulosa de los espíritus orgullosos, como al principio era el de Naamán. Para llegar al auténtico yo se necesitarán amargas prácticas de humildad. Sin humildad se eliminan de la propia imagen (y este es el gran triunfo del orgullo) los defectos y aspectos sombríos, pero sólo el reconocimiento de las debilidades propias nos puede proteger contra los mecanismos de los que nos servimos para disimular nuestras sombras. Se necesita una gran dosis de humildad en relación con el inconsciente. Si pretendemos desentendernos del inconsciente quedaremos ridículamente hinchados y por tanto será muy difícil el encuentro sanador con la misericordia.

La humildad, además, es condición previa para desarrollar sentimientos de confianza y aceptación en los otros. El orgullo, por el contrario, actúa como aislante, nos desconecta de la comunicación humana y del contacto con nuestros hermanos: construye una zanja entre mi auténtico ser y los demás. Siempre que hay problemas en la comunidad hay que apuntar como causa a la falta de humildad de unos y otros. Mientras persista en el intento de encubrir mis puntos débiles, mis sombras, lo negativo, jamás podré establecer con los otros más que contactos superficiales. Eso sí, el corazón quedará intacto e imperturbado. Esto es lo que pretendía Naamán cuando se quería ir de vuelta a Siria ofendido, ante la sugerencia de Eliseo de bañarse sólo en el Jordán. Al final, el profeta, lo único que pretendía era que Naamán descubriera que sólo era un pobre tipo y no el gran personaje que imaginaba ser.

Lo que nos explica la Primera Lectura en unos pocos versículos es el camino de la maduración humana. Ese camino pasa por la audacia de arriesgarse a bajar a las regiones sombrías, solitarias y tristes en el fondo de uno mismo; a esos sótanos oscuros por los que normalmente pasamos de puntillas sin querer saber. El objetivo de este camino de la maduración consiste en hacer aparecer la imagen de Dios, la Presencia misericordiosa en primer plano y en lograr que el hombre se ponga en contacto con lo más auténtico de sí mismo. Es un camino de transformación interior en el que la imagen interior del hombre va cobrando progresivo relieve como imagen de su Creador. Al descubrirlo Naamán no quiso perderlo jamás, por eso quiso llevarse la tierra-santa para postrarse sobre ella y recordar siempre su ser auténtico: esa fue su curación transformadora.